por Angel Rama

LA PUDICA DAMA "LITERATURA"

LAS grandes épocas civilizadoras tuvieron también grandes formas expresivas: años ideales de vida, preciosos cánones estéticos a los cuales apartaron sus artistas con una especie de fe jubilosa. En esos cánones se vio el funcionamiento de los más profundos impulsos y ideas que habían llegado los hombres, y ellos otorgaron intensa temperatura a las visiones ideales del arte.

Las épocas menos plenas, o menos creadoras, desarrollaron por crisis interna —el siglo XVIII— presenciaron en cambio una pluralidad de tendencias individuales dentro de las cuales la sociedad, que no podía prescindir de un canon estético superior, fue simplemente la de una convención.

Convenciones no escritas que integran el modo operativo de las clases dirigentes —a veces necesidades responden— y que incluyen no necesitan ejercerse coercitivamente, sino que se trasmiten por la pedagogía oficial, por el dominio de los sistemas de expresión y comunicación, por una especie de moral pública intangible. Son, en definitiva, manifestación de un espíritu conservador que trata por cualquier medio de evitar todo aquello que altere el equilibrio establecido, aun cuando sea un equilibrio basado sobre mentiras o injusticia. La instauración de estas convenciones no nos sorprende, conocemos el ejemplar actual, y sólo da testimonio de la eterna invención conservadora de una sociedad o una clase dominante. Cosa distinta en cambio es aceptar pasivamente la situación, limitándose a las resquicios que permiten al artista respirar con más libertad, generalmente por el lado de la burla.

En nuestro mundo contemporáneo las convenciones son expresión de las clases burguesas, aunque no su patrimonio exclusivo: ya ha sido señalado el predominio del proletariado en Rusia y el régimen soviético apelando a lo que limitadísimos teóricos tenían a mano y que antes las sorprendiera del ser burgués (Ejemplo la escuela pictórica de la era stalinista, que nace de la academia primisecular o de los retratos impresionistas). Por su origen esas convenciones favorecen la conservación de la fachada burguesa, ya que no el régimen, y, a medida que la sociedad se altera y se resiente de sus defectuosas estructuras, entran en un proceso agudo de arteriosclerosis. Simultaneamente se hacen más coercitivas; simplemente son más falsas.

Sería iluso pretender que nuestra sociedad uruguaya haya sido capaz de engendrar ideales o cánones estéticos apenas si ha podido establecer algunas convenciones de buenas espa burguesas con las cuales interpretar —¿o conjurar?— la realidad que vive. Pero si esas convenciones han sido durante décadas en el terreno político, económico y sociológico, continúan dominando, impertérritas, el campo de la literario, al punto de que hoy todavía puede afirmarse, aquí, que entre nosotros no hay dama más púdica que la literatura.

Mientras que, desde la escuela hasta la mayoridad, los organismos tutelares del estado impregnan a los ciudadanos con el acerte alcanforado de los textos de Rodó y Julio Herrera y Reissig, los más agudos integrantes de la sociedad están participando en el universal movimiento de desmitización, de enfrentamiento comprensivo a la realidad humana, y la unanimidad de los teóricos independientes se pronuncian por una investigación valiente del cuerpo social. Pero este esfuerzo sólo se manifiesta particularmente a la literatura, que sigue moviéndose en el carril burgués. Sus textos son informe del país cuya procedencia veía Martínez Moreno en su numerosa clase media, no sólo establece una cartilla temática —con el imperativo derivado de que son ellos quienes leen casi exclusivamente— sino un tratamiento artístico, donde la verosimilitud va aliada a la prudencia del medio tono y del vocabulario. Basta observar las periftrasis a que recurren cualquier periodista para no utilizar ciertos términos de alusión sexual).

El medio tono, la temática inocua, el humorismo de pura diversión sin mordiente satírico, el entretenimiento o la fuerza gratuita, sólo toma lo sensorial y anecdótico sin acceso posible a las estructuras ideológicas, integran ese no escrito reglamento que se ajusta en nuestro país la creación literaria en un medio cerrado.

La única fuga que han intentado con prudencia sólo nuestros escritores, la acido la denuncia social —más en la dramaturgia que en la novela— y esa misma ha quedado reducida a zonas muy cercanas, particulares, que no hacen con su resonancia crítica las estructuras conjuntas. Nada semejante a la operación demostrativa que en Brecht permite acercar de lo particular a lo general y mostrarnos las intimas vinculaciones entre las llagas de un determinado ambiente y los crímenes cometidos sobre los que se asienta la vida social y económica.

Esta ampliación temática no ha alterado sin embargo un estilo realista menor que es la tónica dominante y que le demanda en el empastado del medio tono, en el matiz prudente que tiende a la verosimil —como en este angulo formativo de la burguesía, no desde el ángulo de lo posible real—, y que como consecuencia, más que resaltar las vidas individuales en su plenitud jugosa, tiende a las esquematizaciones de lo humano apenas apuntadas en sombras de seres vivos.

Si este sector de la literatura social ha logrado romper el imperativo temático convencional, con de primera importancia que otorgaban a ella, no ha logrado en cambio un desprendimiento total. Las reglas dominantes de su estilo, el trazado de personajes, la construcción de las situaciones, las estructuras literarias en fin, se han mantenido ligadas a la convención e incluso se ha rendido tributo a las buenas maneras.

Bastaría cotejar el tratamiento de un tema social en una y otra orilla del Plata para comprobarlo. Enfrentar las formas expresivas de un Gravina, de un A. Jiménez, con los de David Viñas, en *Los dueños de la tierra*. Observar por ejemplo la intensidad gritada con que este último ha descripto una tortura, esas mismas torturas policiales que la prensa denuncia día tras día en Montevideo, sin que la literatura de denuncia social llegue a hacerlas suyas en forma cabal.

Pero hay otros sectores en que la pudica dama Literatura resulta más intocable. Si hay un tema que el siglo XX ha iluminado con reflectores poderosos ese es la vida sexual, mejor dicho el fundamento sexual de la relación amorosa. Bibliotecas enteras —partiendo de la experiencia clínica, del psicoanálisis, de la sociología— se han consagrado a un tema que interesa, curiosidad —lectora— del público está demostrada. Una rica literatura le ha sido consagrada a las diversas formas de la relación amorosa, tanto aprovechando los aportes del examen científico como adelantándose audazmente a él.

El tema no es desconocido en la realidad moviedizeta, y desde ya comparecemos al Kinsey que intente el correspondiente "Informe sobre la conducta sexual del macho y la hembra uruguayos". Incluso la crónica de recursos y perversiones es bastante prominente, si nos atenemos a las crónicas policiales y a la sobrecarga de trabajo de nuestra veintena de psicoanalistas titulados.

No se puede decir que no sea adecuado tema que ha sido puesto bajo los ojos del público culto. El éxito de algunos libros (**Lolita** por ejemplo), la difusión hasta en los barrios más populares de algunos filmes (**Hiroshima mon amour, La dolce vita, La buena edad**) prueban en forma terminante un interés que no puede desprecisarse incluso considerando que lo mueva exclusivamente el afán sensacionalista.

Pero mientras en la realidad cotidiana y en el arte extranjero que llega al país el tema ha alcanzado la consideración que deriva de su propia importancia, con esa decisión que corresponde al análisis claro de los mismos problemas en la vida contemporánea, en nuestra literatura. Nada semejante a ello y cuando lo hace es en formas timidas de inmediato reprobadas por el medio.

Habría que remontarse a Javier de Viana (**Gauchos** por ejemplo) y a algunos cuentos de José Pedro Bellán (**La realidad, Los amores de Juan Rivault, Una ingenista**) para encontrar en nuestras letras la exposición de estos temas. El propio Quiroga que a través de sus cartas muestra una lúcida comprensión de los problemas de la vida sexual, en sus cuentos se ha limitado a consagrar sus enfoques a aspectos significativos. Son todas obras anteriores a 1930.

Posteriormente el tema se ha acaballado dentro de la buena literatura, justo cuando las letras europeas lo trataban con mayor amplitud, no sólo en el plano de la vida normal (Henry Miller: sino en el de las perversiones: el "Evotrato" de Sartre). De estas últimas tinieblas modernas han aparecido algunos cuentos de F. Hernández, aun cuando dentro de una línea que una mitología muy atemperada linea a lines por un humorismo desapresivo e infantil; más visiblemente en los cuentos recientes de Armonía Somers cuya audaz resolución literaria les confiere una categoría estética nueva. Es bastante poca cosa; la dama Literatura en el Uruguay sigue siendo una jovencita de Sacré Coeur sin en la época en que estas jovencitas leen corrientemente a Francoise Sagan. Algunas novelas —**La sobreviviente** de Clara Silva, las **Confesiones** de una botella de Hierdorf— anuncian planteamientos feministas que en esta región han sido los más curiosos.

Tal pudor no responde a una elevación de criterios morales ni a la vigencia de altos ideales espirituales. La fruición con que nuestro público, incluso el burgués, se precipita sobre esta literatura extranjera, descarta tal suposición. Es más bien una moralina nacional con la cual se quiere esconder y pintarrajear el rostro verdadero de la sociedad. "Son cosas de la postguerra" es la frase habitual con que se explica entre nosotros el cine o la novela que plantea valientemente las formas nuevas de la vida amorosa, y en la cosa va implícita la afirmación: "*No son cosas autóctonas*". Por ese camino llegaremos a afirmar que el sexo, tampoco es autóctono. Hay pocos años tampoco eran autóctonos los temas sociales.

Negarse a ver de frente éste, como otros temas, sin vedados por razones largas de explicar y bastante misteriosas —en un país donde la mayoría de los escritores son profesores o maestros no se ha escrito casi nada sobre la vida escolar— significa mantener una situación falsa que genera atrofias, dos fanta -as y que conducirá fatalmente a rupturas más violentas y perversas de la que ahora podría provocar una innovación valiente en estas realidades comprobadas.